

# EL 98 Y CANARIAS

Juan Manuel García Ramos

Universidad de La Laguna

## RESUMEN

El 98 fue una crisis distinta para los canarios y para los españoles peninsulares, y los intelectuales de uno y otro sitio testimoniaron lo acaecido y escribieron sobre el particular de modo muy diferente.

PALABRAS CLAVE: Generación del 98, Nicolás Estévez, Miguel de Unamuno.

## ABSTRACT

The '98 was not the same crisis for those living in the Spanish peninsula and those dwelling in the Canaries, as it was different the way in which the intellectuals of both sides explained what had happened and wrote about it.

KEY WORDS: Generation of '98, Nicolás Estévez, Miguel de Unamuno.

La historia imperial del estado moderno que fue España a partir de 1492 se encuentra enmarcada entre una frase talismánica y un tratado terminal.

La frase se la atribuye el poeta y dramaturgo alemán Friedrich Schiller, en su tragedia *Don Carlos*, a Felipe II: «En mis dominios nunca se pone el Sol».

El tratado es el firmado en París, el 10 de diciembre de 1898, entre Estados Unidos y España, por el que los españoles cedían a los norteamericanos Puerto Rico, la isla de Guam y Filipinas, y se reconocía la independencia de Cuba con respeto absoluto por la soberanía recién estrenada en la isla caribeña.

Es la historia de un imperio fundado en la pureza de sangre, la intolerancia, la persecución y la ortodoxia religiosa de las propuestas del Concilio de Trento y los métodos de la Inquisición, y la mutilación de la cultura pluralista de España: esa cultura representada en su día por los ejércitos comuneros de Castilla en Villalar, y una y otra vez ensayada sin mucho éxito desde la Primera República hasta la actual España de las Autonomías.

Decía el historiador Santos Juliá en las páginas de *El País*, al hablar de la generación del 98, que «cada cual inventa el pasado según la condición de su presente»<sup>1</sup>, y no dejaba de tener toda la razón.

En ese sentido, todavía no sé lo que se celebró en España en 1998. ¿El fin del Imperio? ¿La generación literaria, filosófica y pedagógica bautizada con esos guarismos mágicos?

Cada cual dispuso la fiesta según sus intereses.

En octubre de 1997, el Príncipe de Asturias, en la ceremonia de entrega de los prestigiosos premios que llevan su nombre, reclamaba una idea de España presidida por el afán de «armonizar diferencias, fundir inquietudes» y «acrecentar, en suma, la convivencia», de acuerdo —subrayaba don Felipe de Borbón— con los viejos ideales de la generación del 98<sup>2</sup>.

Meses antes, el día 2 de junio de 1997, en un artículo publicado en *El Mundo*, el filósofo Eugenio Trías afirmaba: «No son propicios los tiempos para repetir la expresión, tan visceral como escénica, del *me duele España* de Unamuno. La efeméride del 98 puede servir, más bien, para desterrar al trastero de nuestra historia toda meditación, quejumbrosa o preocupada, sobre nuestra identidad. O para archivar como curiosidad histórica todas esas polémicas que todavía entretuvieron nuestra adolescencia sobre el *enigma histórico* de España o sobre su verdadera *realidad histórica*»<sup>3</sup>.

¿Se referían el Príncipe y el filósofo al mismo fenómeno político e intelectual vivido por la España de los últimos años del siglo XIX?

Cuesta creerlo.

No obstante, una cosa sí es cierta. La España que se ve despojada de sus penúltimas colonias en 1898 es, a su vez, la España que ha enfrentado la frustrada Primera República y, en parte, también la inestable Restauración borbónica acontecida en 1876, con el concurso decidido de Cánovas del Castillo. Es una España llena de fisuras, de descreimientos políticos y de mudo papel en una Europa ya trasladada a la modernidad.

Cuando Pedro Salinas contrastó la literatura del 98 español con el Modernismo hispanoamericano, nos descubrió a todos grandes diferencias. Entre ellas, el ensimismamiento de la generación española y el cosmopolitismo de los compañeros de Rubén Darío. «Los unos —los modernistas— se expanden, sueñan en países remotos, los hechiza el encanto de París o las evocaciones orientales. Los otros —los noventayochistas— se recogen, y enclaustran toda su tensión espiritual en esa tierra capital de nuestra península, Castilla»<sup>4</sup>.

La europeización del 98 español es sólo un medio para reencontrarse con España. «El alma española», «la cuestión nacional», «el problema español», «la regeneración española»: éstos son los objetivos del pensamiento de Unamuno, de Azorín, de Maeztu, de Baroja.

El primero de ellos intituló su ensayo más emblemático en la línea apuntada: «La crisis del patriotismo», y fue aceptado como el manifiesto de su generación.

De lo que se trataba era de reencontrarse, por distintos caminos, bien es verdad, con una España despreciada por el mundo y mutilada por la pérdida de sus posesiones ultramarinas.

<sup>1</sup> Santos JULIÁ (1997): «El 98: los últimos patriotas», *El País, Babelia*, Madrid, 4 de octubre.

<sup>2</sup> En <http://www.fundacionprincipedeasturias.org/esp/05/discursos66.html>

<sup>3</sup> Eugenio TRÍAS (1997): «La falacia nacionalista», *El Mundo*, Madrid, 2 de junio.

<sup>4</sup> Pedro SALINAS (1970): *Literatura Española Siglo XX*, Madrid: Alianza, p. 14 y ss.

Como también dejó claro Salinas, el clima para esa nueva cita con la conciencia nacional española lo habían preparado tres hombres de trayectorias dispares. Un filósofo y un pedagogo: Francisco Giner de los Ríos, el fundador de la Institución Libre de Enseñanza en 1879, asociación que postuló revitalizar la vida española a través de una educación laica, liberal, abierta al mundo; un político polígrafo y «energuménico» —así lo retrata Salinas—: Joaquín Costa; y un pensador guerrillero: Ángel Ganivet.

Pero, ¿qué tiene que ver la España de nuestros días con esa otra España unitaria del 98?

Es más: ¿no resulta paradójico ese españolismo obsesivo de la generación del 98 si se lo compara con otra concepción del Estado, basada en la pluralidad federal, postulada en la Primera República y recobrada en los planes descentralizadores de la segunda experiencia republicana española?

Santos Juliá habla de los hombres del 98 y se refiere a ellos como «los últimos patriotas». ¿Los últimos patriotas de una patria que seguía sin reconocer su diversidad cultural y política?

¿Es ésa la España unilateral que se añora y que reverenciara Unamuno en su novela *Niebla*: «¡Soy español! Sobre todo y ante todo el españolismo es mi religión!».

«La patria es eso: una comedia», como afirmó el primer Azorín en las páginas del diario *El Progreso*, el 22 de enero de 1898.

Y por ese camino, ¿cómo debemos ver el 98 en Canarias?

El 98 da para mucho. Quizá hasta para mirar a ese capítulo de la historia de España con nuevos ojos desde estas islas atlánticas.

Poco tenemos que ver los canarios con el recio «nacionalismo español» mesetario defendido por algunos de los hombres más notables del 98, dejando al margen de esa nómina las firmas de Antonio Machado y de Valle-Inclán. Y algo más tendremos que ver con un concepto más abierto de esa España que no termina de vertebrarse a gusto de todos.

Como ya dijimos, desde la Primera República se hicieron esfuerzos por redefinir la España centralista heredada de los Reyes Católicos, y en esa redefinición estuvieron empeñados algunos canarios ilustres como es el caso de don Nicolás Estévez.

Ya sabemos, y lo hemos escrito, que don Nicolás Estévez es una figura de nuestra historia que representa, por su trayectoria política y literaria, la síntesis de lo local y de lo universal, dos conceptos tan significativos en el debate intelectual de las Islas Canarias.

Sitúo a Nicolás Estévez y a Secundino Delgado en la honrosa nómina de personalidades que se anticiparon a reclamar para el Archipiélago —como Sabino Arana para el País Vasco, Prat de la Riba para Cataluña, Castelao para Galicia o Blas Infante para Andalucía— una singularidad dentro del Estado Español, que en buena parte sigue sin ser reconocida en sus excepcionales e indiscutibles términos.

Nicolás Estévez y Secundino Delgado se encontraron en Madrid por segunda vez en 1903, en el clima liberal del Café de Pombo, tan estudiado por Ramón Gómez de la Serna, y, a buen seguro, hablaron de Canarias y de su futuro en el marco de una España menos hipotecada por los tics imperialistas.

El día 17 febrero de 1998, la «Fundación Nicolás Estévez», con sede en La Laguna (Tenerife), organizó en dicha ciudad una conferencia para celebrar el nacimiento de Estévez, en Las Palmas de Gran Canaria, otro 17 de febrero, pero de 1838.

El profesor Nicolás Reyes, el mejor estudioso que conozco de la obra de nuestro político federalista y de nuestro heterodoxo hombre de letras, nos habló de «1898: Canarias y Nicolás Estévez en la crisis del Imperialismo Español».

Después de más de un siglo de la demostración tajante de las pocas dotes diplomáticas de la España transoceánica, recordar las recomendaciones de Nicolás Estévez a los gobiernos de su tiempo sobre los problemas coloniales no nos viene nada mal.

Nicolás Reyes González nos refrescó nuestra memoria y nos habló, en su aludida —y por ahora no impresa— intervención, de un Estévez empeñado en la implantación en España de la República Federal como reconocimiento no sólo de la pluralidad política y cultural de ese país, sino como remedio para evitar el desgajamiento de los territorios de ultramar —Estévez se refería sobre todo a Cuba y Puerto Rico—, que serían incorporados a esa República Federal como Estados autónomos.

Pero estas ideas mueren con la fugaz Primera República, y los gobiernos de la Restauración borbónica sólo piensan en una salida militar al conflicto caribeño.

La tibieza de Martínez Campos como Capitán General de Cuba fue sustituida en 1896 por la crueldad de Weyler. Cánovas intentaba una vuelta de tuerca extrema a una situación fuera de control, y Estévez, conocedor del proceso cubano y de la inutilidad de las soluciones de fuerza, condena sin misericordia un año antes, desde las columnas del semanario federal *El Nuevo Régimen*, la implantación del terror en escenarios donde se luchaba entre hermanos: «La lucha es una ruina lo mismo para la colonia que para la metrópoli... urge, sobre todo, que deje de verterse sangre. Nuestra es la de los leales, nuestra también la de los insurrectos»<sup>5</sup>.

Nicolás Estévez ataca a Weyler desde todos los flancos: «Mirada de reptil, cuerpo de enano, / instinto de chacal, alma de cieno, / hipócrita, cobarde, vil y obsceno, / como el más asqueroso cuadrúmano...»<sup>6</sup>.

Pero al margen de las descalificaciones, corría la realidad de las bajas en los campos de concentración cubanos, en las plantaciones de tabaco o azúcar y en los barrios marginales de las ciudades. España se despedía de América con tanta torpeza como había planteado la colonización y las relaciones posteriores con esos territorios, y voces como la de Estévez quedaban debilitadas y desoídas.

<sup>5</sup> Nicolás ESTÉVEZ (1895): «Lo de Cuba», *El Nuevo Régimen*, Madrid, año v, núm. 238, 27 de julio. Citamos por la tesis doctoral *Nicolás Estévez y Murphy (1838-1914)*, de Nicolás Reyes González, dirigida por el catedrático de Historia Contemporánea Manuel Pérez Ledesma, defendida el 19 de diciembre de 1988 en la Universidad Autónoma de Madrid y hasta ahora no publicada.

<sup>6</sup> Cfr.: Marcos GUIMERÁ PERAZA (1979): *Nicolás Estévez o la rebeldía*, Aula de Cultura de Tenerife, p. 128 y ss.

Quizá fue a partir de ese 1898 americano cuando nuestras Islas Canarias comenzaron a pensar de verdad sobre su condición de nueva frontera atlántica de la España derrotada en América. ¿Seríamos la próxima víctima de los errores de los gobiernos metropolitanos?

Estévez y Secundino Delgado meditarán al respecto. Al mismo tiempo, las apetencias estadounidenses sobre nuestros suelos volcánicos no se disimulan y sólo los intereses británicos en nuestras islas frenarán aquellos planes de neocolonización.

Se respira inquietud en la ciudadanía insular, y palabras como «autonomía» o «regionalismo» se ponen en circulación sin reserva alguna. En 1904 se publica el tomo primero de *El Regionalismo en las Islas Canarias*, de Manuel Ossuna y Van Den-Heede, y en la página nueve de esa obra se empieza por reconocer que los pueblos encontrados por los españoles a su llegada a las islas constituían «por la raza, por la lengua, por las creencias y prácticas religiosas, por las artes, por las costumbres y por las leyes, un ciclo de individuos, en cuyo conjunto se marcaron las líneas generales y los rasgos característicos de una nación»<sup>7</sup>.

En su poema más celebrado, «Canarias», Nicolás Estévez ya había defendido esa condición «nacional» de nuestra tierra atlántica.

«Canarias» se publicó por primera vez en la *Revista de Canarias* el 23 de diciembre de 1878 y con posterioridad fue editado en libro en *Musa canaria*, en 1900 (Madrid).

Para el Domingo Pérez Minik de 1952, ya curado de algunas de las imposturas de la etapa surrealista, el «Canarias» de Nicolás Estévez es «el fácil edificio de una metafísica y de una moral insular», y «el exponente serio de una generación y el más cercano a nuestras clases sociales y a nuestro pueblo»<sup>8</sup>.

El poema está dividido en siete partes con diversidad métrica. La primera está escrita en serventesios; la segunda en seguidillas; la tercera y cuarta en romance octosílabo; la quinta y sexta en romance heroico, y la séptima en endechas reales.

No es difícil coincidir con don Sebastián Padrón Acosta, ni con el mismo Pérez Minik, a la hora de destacar la última de las partes del poema de Estévez como la mejor trabajada por nuestro autor y, también, como la más representativa de su complicidad ideológica con el Francisco Pi y Margall autor del libro *Las Nacionalidades*, ultimado en Madrid un 14 de noviembre de 1876, dos años antes de que Estévez publicara su poema.

En el primer capítulo de su libro, Pi y Margall nos adelanta parte sustancial de su doctrina: «Confieso que no estoy mucho por las grandes naciones, y estoy menos por las unitarias»<sup>9</sup>. Su federalismo proviene de Proudhon, de quien tradujo en 1868 su *El principio federativo*, pero, a nuestro parecer, no desconoce Pi y Margall el pensamiento nacionalista de un hombre como Johan Gottfried Herder, el filósofo

---

<sup>7</sup> Manuel OSSUNA y VAN DEN-HEEDE (1904): *El regionalismo en las Islas Canarias*, Santa Cruz de Tenerife: Imprenta de A. J. Benítez, tomo 1, p. 9.

<sup>8</sup> Domingo PÉREZ MINIK (1952): *Antología de la poesía canaria*, Tenerife: Goya Ediciones, 1952, p. 28.

<sup>9</sup> F. PI y MARGALL [s. f.]: *Las nacionalidades*, Madrid: Librería Bergua, p. 27.

prerromántico alemán, nacido en la Prusia oriental en 1744, quien estaba convencido de que mientras «la política crea los Estados, la naturaleza crea las naciones».

Todos esos presupuestos teóricos gravitan sobre el poema de Estévez, y algunos, como el citado de Herder, con una claridad manifiesta.

¿No son estos versos de la séptima de las partes del poema una traducción casi literal de los postulados del filósofo germánico?

Ni en los Estados pienso  
que duran breves horas,  
cual duran en la vida  
de los mortales las mezquinas obras.

El Nicolás Estévez de «Canarias» no es, por tanto, el poeta local, parroquiano, que cree encontrar Unamuno en su primera visita a la isla de Tenerife y al que alude en su texto «La Laguna de Tenerife», incluido en su obra *Por tierras de Portugal y España* (1911) con una transcripción malévola de parte de los versos de «Canarias»: «Me apresuré a subir a la ciudad de La Laguna, a la ciudad de los Adelantados. En el camino os enseñan la casa nativa de D. Nicolás Estévez, y junto a ella el almendro que él, D. Nicolás, ha hecho famoso. Pues él cantó diciendo: «Mi patria no es el mundo, mi patria no es Europa, mi patria no es España; mi patria es una choza, la sombra de un almendro»... etc. ¡Pobre del que no tiene otra patria que la sombra de un almendro! Acabará por ahorcarse de él»<sup>10</sup>.

La falta de generosidad del Miguel de Unamuno comentarista de Estévez es sólo comparable al desconocimiento unamuniano por todo lo que significó la teoría federal del siglo de su nacimiento ya en parte reseñada.

El ciudadano del mundo era Estévez y no el Unamuno supuestamente cosmopolita y travestido en castellano viejo a pesar de su origen vasco. Estévez lo que defendía era la única manera de ser universal: la de serlo desde una experiencia propia no reñida jamás con el debate exterior.

Los tics españolistas de Unamuno se perciben no sólo en el texto dedicado a la ciudad de La Laguna, donde cita a Estévez, o a la isla de Gran Canaria, donde analiza nuestro carácter insular con acusado desprecio eurocéntrico: «El aplatamiento, la soñarrera, se curaría merced a comunicaciones más rápidas, más frecuentes y más intensas, sobre todo más intensas, con España —nótese cómo Unamuno no siente su «España» en estas Islas— y con el resto de Europa y con América. A estas gentes les hace falta, como les he dicho en público, interesarse más por los grandes problemas nacionales, europeos, mundiales, lo cual les desinteresaría de sus pequeños problemas insulares, de sus rivalidades de isla a isla»<sup>11</sup>.

Los resabios imperialistas de Unamuno también los encontramos en otros textos vinculados a las Islas. Están en el lamentable prólogo que escribió para la

<sup>10</sup> Cfr.: Miguel DE UNAMUNO (2006): *Por tierras de Portugal y España*, Madrid: Alianza, p. 230.

<sup>11</sup> *Ibíd.*, p. 224.

primera edición de *El lino de los sueños*, de Alonso Quesada, fechado en Salamanca en 1915, donde al tiempo que le falta al respeto sin misericordia al autor del libro «‘un jovencito endeble y muy movedido’ que, a su parecer, escribe unos versos muy ‘joco-floralesco(s)’», y se dedica a hablar casi sin venir a cuento de otro amigo suyo, el poeta gomero, muerto prematuramente, Manuel Macías Casanova (1890-1910), abomina de la «vulgaridad ambiente» de Gran Canaria y duda del término «afortunadas» aplicado a nuestras Islas.

Y están esos gestos españolistas «a veces con toda la razón del mundo» en algunos sonetos y en algunos de los comentarios introducidos por él mismo a esas composiciones en su libro *De Fuerteventura a París* (1925), donde reconoce sin más cómo él ha traído la «personalidad» de España a esa isla oriental del Archipiélago<sup>12</sup>.

La España de Unamuno, la España de los hombres de la generación del 98, poco tenía que ver con un territorio insular como el nuestro, a medio camino entre África, América y el viejo continente europeo, y a medio camino de convertirse en otro despojo más de la España imperial que los noventayochistas ya daban por perdida.

Cuando Unamuno habla de nuestro «aplatanamiento» y de nuestra «soñarrera» en su primer viaje a Canarias, de nuestra presunta desvinculación de Europa, ignora que estamos en pleno periodo económico de las «Canary Islands», cuando el diálogo comercial, financiero, social y cultural entre el Archipiélago y Gran Bretaña es más intenso que nunca; que tanto el Gabinete Instructivo de Santa Cruz de Tenerife, como el Museo Canario de Las Palmas de Gran Canaria, han agitado el debate intelectual del fin de siglo entre nosotros y con aquella Europa a través de sus órganos de expresión, como la misma *Revista de Canarias* de Elías Zerolo, *La Ilustración de Canarias* de Patricio Estévez, o el *Museo Canario* del doctor Chil y Naranjo.

El sentimiento patriótico españolista le nubla la mirada viajera a Unamuno y aleja su versión paupérrima de Canarias de la de tantos otros europeos que nos visitan —o nos habían visitado, y cito a Humboldt, cito a Berthelot...— sin los lastres de los cánones geográficos, vitales e intelectuales entre los que se mueve don Miguel.

El Unamuno irrespetuoso con las Canarias visitadas por primera vez —otra fue su actitud en 1924, en su destierro en Fuerteventura— está muy lejos de cualquier perspectiva antropológica seria. Desde hace mucho tiempo se acepta por las ciencias del hombre y de las formas de evolución de sus lenguas, sus creencias y sus costumbres que todos los pueblos y culturas revisten el mismo interés como objetos de observación y de estudio y no existen ni pueblos ni culturas superiores autorizados por Dios o la Historia para moldear el mundo a su imagen y semejanza.

Decía ya Octavio Paz en 1951, en un acto organizado por republicanos españoles en París, que «Afirmar que las diferencias nacionales o regionales deben desaparecer, en provecho de una idea universal del hombre o de las necesidades de la técnica moderna, es uno de los lugares comunes de nuestro tiempo. Muchos de

---

<sup>12</sup> Cfr.: Miguel DE UNAMUNO (1989): edición facsimilar de *De Fuerteventura a París*, Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias, con prólogo de Juan Manuel García Ramos, p. 7.





los partidarios de esta idea ignoran que postulan una abstracción. Al imponer a pueblos y naciones un esquema unilateral del hombre, mutilan al hombre mismo. Porque no hay una sola idea del hombre»<sup>13</sup>.

No obstante, contrasta esa incompreensión unamuniana de la vida insular con la atención que el autor de *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos* dispensará a gran parte de la creación literaria hispanoamericana y a las culturas de esa otra orilla del Atlántico.

En el repliegue, en el ensimismamiento cultural e ideológico de España propuesto por los miembros de la generación del 98, Canarias no cuenta ni cultural ni ideológicamente. En los momentos culminantes de la labor de los noventayochistas, esa prescindencia de nuestra cosmovisión insular no pasa desapercibida a Nicolás Estévez la noche del 9 de diciembre de 1900 en un homenaje a Benito Pérez Galdós ofrecido por los canarios residentes en Madrid. En las palabras de presentación del acto, Nicolás Estévez no sólo alaba, como no podía ser menos, al autor de los *Episodios nacionales*, sino que hace unas afirmaciones que nos devuelven su viejo pensamiento federal, tan distante del defendido por los noventayochistas. Dice Estévez esa noche en Madrid: «Si algún día desaparecieran la fronteras y las nacionalidades, sólo entonces dejaríamos de ser españoles; pero ni aun entonces dejaríamos de ser canarios...»<sup>14</sup>.

La lejanía entre el españolismo hermético de Unamuno, Azorín o Maeztu, y el sentimiento expresado en esa velada por Estévez, o contenido en su poema más recordado, es tan grande como pudo ser la lejanía observada entre la literatura replegada y castellana de aquéllos y el abierto Modernismo de un Tomás Morales o la melancolía insular de un Alonso Quesada, sin olvidarnos de la literatura política que un hombre como Secundino Delgado comienza a propiciar desde Caracas en 1897.

Desde Canarias no pudimos sentir nunca con propiedad esa «manera castellana de ver las cosas», según expresión acuñada por Ortega y Gasset, aunque algunos de nuestros autores más dóciles intentaran forzar las circunstancias y ponerse en los brazos de una mentalidad que no les concernía.

El «nacionalismo español» de los hombres del 98, al que se refería Eugenio Trías en el artículo citado, no se quedó sólo en la promoción de los mitos que Pedro Laín Entralgo inventarió en su libro *La generación del Noventa y ocho* (1945), y han destacado Edward Inman Fox y Vicente Cacho Viu<sup>15</sup>, a saber, 1) el mito de Castilla; 2) la tercera salida de don Quijote —Don Quijote como clave del autoconocimiento español—, y 3) una España venidera en la que se ha de enlazar su peculiaridad histórica e intrahistórica y las exigencias de la actualidad universal.

<sup>13</sup> Octavio PAZ (1990): *El ogro filantrópico*, Barcelona: Seix Barral, 1990, p. 207.

<sup>14</sup> Miguel SARMIENTO [1919]: *Galdós y Canarias*, Santa Cruz de Tenerife, p. 34.

<sup>15</sup> Cfr.: «La generación del 98: Crítica de un concepto», en Francisco RICO (1980): *Historia y crítica de la Literatura española. 6/1. Modernismo y 98. Primer suplemento*, por José Carlos Mainer, Barcelona: Editorial Crítica, pp. 16-30.



Esos mitos del «nacionalismo español» noventayochista serían los mismos que se encargaría de propagar la cultura franquista. Y no lo digo yo, insisto. Lo han dejado escrito los citados Inman Fox y Cacho Viu.

En ese sentido, sería pertinente referirnos, sin menoscabo de la capacidad de rectificación que todo ser humano tiene a su alcance, a los tres meses que don Miguel de Unamuno estuvo vinculado y en sintonía con el Alzamiento Nacional del general Franco en 1936.

¿Veía Unamuno en esa España militar, única, grande y libre, la materialización de su espíritu intelectual? Por lo menos tres meses tardó en percatarse de su error.

Desde luego, lo que sí está claro es que ésa no fue nunca la España de Nicolás Estévez.

En el diálogo que siempre quedó pendiente entre ellos, ¿acaso fueron Unamuno y Estévez los respectivos paradigmas de esas dos Españas?

Al margen de tales hipótesis, 1898 nos demostró a los canarios que nos quedábamos más solos y teníamos el imperativo de ser más responsables. Sentíamos la necesidad de mirar hacia atrás sin ira y de recuperar nuestra tradición histórica e imaginaria con todas sus consecuencias.

Como reconoció Domingo Pérez Minik en la *Antología* citada, en esa vuelta atrás de nuestras devociones, el poema «Canarias» de don Nicolás Estévez, ridiculizado en su día por Unamuno, entró en la memoria de los canarios, «formó parte del acervo común de creencias. Llegó a todos sitios», fue nuestro nuevo mito, tan ajeno y lejano de los otros mitos cultivados por los escritores del 98 peninsular.

Dos sensibilidades, dos maneras de concebir el desastre colonial de esos días y de enfrentar los nuevos tiempos.

Un 27 de noviembre de 1871, en la avenida del Louvre de La Habana, don Nicolás Estévez, capitán entonces del ejército español que combatía a los independentistas cubanos, no ocultó su desacuerdo con el fusilamiento de ocho inocentes estudiantes inmolados ese día por los voluntarios españoles, y dejó su carrera militar para siempre.

La decisión va más allá de su hoja de servicios y se convierte en un símbolo de lo que para todos los canarios ha sido siempre esa América hermana.

El 98 fue una crisis distinta para los canarios y para los españoles peninsulares, y los intelectuales de uno y otro sitio testimoniaron lo acaecido y escribieron sobre el particular de modo muy diferente.

Por adherirme otra vez a las palabras de Santos Juliá, está claro que todos inventamos nuestro pasado según la condición de nuestro presente.